

RONALD REAGAN

**Observaciones sobre las relaciones
Oriente-Occidente en
la Puerta de Brandemburgo**

OBSERVACIONES SOBRE LAS RELACIONES ORIENTE-OCCIDENTE EN LA PUERTA DE BRANDEMBURGO

Berlín Occidental, 12 de Junio de 1987¹

Introducción

Este constituye uno de los discursos más recordados de Ronald Reagan, en gran parte debido a la convicción de su defensa de la libertad y de la cultura occidental. En este discurso se aprecia en toda su magnitud el cuestionamiento a la moralidad del socialismo, tema recurrente en su discurso político.

Reagan logra expresar con palabras la brutal realidad del Muro de Berlín: la división de familias y la separación forzada del pueblo alemán. El presidente Reagan describe con gran elocuencia la realidad bajo el totalitarismo imperante tras la Cortina de Hierro. Reagan enfatiza que tras la Segunda Guerra Mundial, mientras Alemania Occidental abrazó la democracia y la economía de mercado, que produjeron una milagrosa recuperación; Alemania Oriental tomó el camino del socialismo. Y si bien en un comienzo la Unión Soviética y sus Estados satélites parecían superiores, Reagan no duda en recordar a la audiencia que, al momento de dar este discurso, el mundo comunista atraviesa su peor crisis y las fisuras en el sistema ya han comenzado a aparecer.

En el momento crucial de su intervención, Reagan pronuncia las que se convertirán en sus palabras más recordadas y difundidas por el mundo: “¡Venga acá, a esta puerta! ¡Señor Gorbachov, abra esta puerta! ¡Señor Gorbachov, derribe este muro!”. Estas palabras son una contundente respuesta ante las cada vez más frecuentes insinuaciones de diálogo y apertura entre Occidente y el Este efectuadas por el Secretario General de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov. Con gran destreza, Reagan condiciona cualquier acercamiento entre Estados Unidos y sus aliados con la Unión Soviética y sus satélites a una verdadera apertura de estos últimos al respeto de la dignidad de la persona y de las libertades. Después, Ronald Reagan efectúa una apología de la libertad y expresa su convicción en que las ideas inspiradas por ella son las que triunfarán al final del día. En este sentido, también destaca el papel de la religión en la batalla contra el socialismo y una vez más expone las inconsecuencias de la ideología marxista brillantemente: ante las protestas y ataques en su contra organizados por grupos de izquierda y pro *detentè*, Reagan les recuerda que solo en el mundo libre que detestan y del que reniegan pueden protestar sin ser encarcelados.



¹ Texto publicado originalmente en Alvaro Iriarte, Ronald Reagan. Ideas y acción política. (Santiago de Chile, Instituto Res Publica, 2019).

Palabras de Ronald Reagan

Muchas gracias. Canciller Kohl, alcalde Diepgen, señoras y señores: Hace veinticuatro años, el Presidente John F. Kennedy visitó la ciudad de Berlín y desde el Ayuntamiento se dirigió a los habitantes de esta ciudad y de todo mundo. Desde entonces otros dos presidentes han visitado Berlín. Y hoy, yo mismo visito esta ciudad por segunda vez.

Nosotros, los presidentes de Estados Unidos, venimos a Berlín porque es nuestro deber hablar, en este lugar, de libertad. Pero debo confesar que hay otras cosas que nos mueven a venir acá: el sentido de la historia en esta ciudad, más de 500 años más antigua que nuestra nación; la belleza del Grunewald y el Tiergarten; y sobre todo el coraje y la determinación de todos ustedes. Quizás el compositor, Paul Lincke, sabía algo acerca de los presidentes de Estados Unidos. Como muchos presidentes antes que yo, he venido hoy aquí porque vaya donde vaya, haga lo que haga: "Ich hab noch einen Koffer in Berlin". [Todavía tengo una maleta en Berlín.]

Nuestro encuentro de hoy está siendo transmitido a toda Europa Occidental y Norteamérica. Entiendo que también nos están viendo y escuchando en el Este. A quienes nos escuchan en toda Europa Oriental les extiendo mis más cordiales saludos y les manifiesto la buena voluntad del pueblo norteamericano. Para aquellos que escuchan en Berlín Oriental, un mensaje especial: aunque no puedo estar con ustedes, mis palabras están dirigidas a ustedes al igual que a quienes están aquí hoy. Pues me uno a ustedes, así como me uno a sus compatriotas en Occidente, en esta firme, en esta inalterable convicción: *Es gibt nur ein Berlin*. [Sólo hay un Berlín.]

A mis espaldas hay un muro que rodea los sectores libres de esta ciudad, el cual forma parte de un vasto sistema de barreras que divide todo el continente europeo. Desde el Báltico, al sur, esas barreras atraviesan Alemania como una herida de alambre de púas, hormigón, patrullajes con perros y torres de vigilancia. Más al sur, puede que no haya ningún muro visible ni obvio. Pero los guardias armados y los puestos de control están ahí: restringiendo el libre tránsito, como instrumento para imponer sobre hombres y mujeres comunes y corrientes la voluntad de un estado totalitario. Sin embargo, es aquí en Berlín donde el muro emerge con mayor claridad; aquí, cortando su ciudad, donde las fotografías en los diarios y las imágenes de la televisión han dejado una impronta de esta brutal división de un continente en la mente del mundo. De pie ante la puerta de Brandemburgo, todo hombre es un alemán, separado de sus semejantes. Cada hombre es un berlinés, obligado a contemplar una cicatriz.

El presidente von Weizsäcker ha dicho: "La cuestión alemana permanecerá abierta mientras la puerta de Brandemburgo

permanezca cerrada". Hoy yo digo: Mientras esta puerta esté cerrada, mientras se permita que esta cicatriz que es el muro siga en pie, no es solo la cuestión alemana la que permanece abierta, sino la cuestión de la libertad para toda la humanidad. Pero no he venido aquí a lamentarme. Porque encuentro en Berlín un mensaje de esperanza, incluso a la sombra de este muro, un mensaje de triunfo.

En la primavera de 1945, la gente de Berlín salió de los refugios antiaéreos y encontró devastación. A miles de kilómetros de distancia, el pueblo de Estados Unidos les tendió una mano. Y en 1947, como les han contado, el Secretario de Estado George Marshall anunció la creación de lo que se conocería como el Plan Marshall. Este mes, hace exactamente 40 años, Marshall dijo: "Nuestra política no está dirigida contra ningún país o doctrina, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos."



En el Reichstag hace unos momentos, asistí a una muestra conmemorativa de este 40° aniversario del Plan Marshall. Me llamó la atención un cartel en una estructura destruida y quemada que se estaba reconstruyendo. Entiendo que los berlineses de mi propia generación deben recordar haber visto carteles como ese repartidos por los sectores occidentales de la ciudad. Éste simplemente decía: “El plan Marshall está ayudando a fortalecer el mundo libre”. Un mundo fuerte y libre en Occidente, ese sueño se hizo realidad. Japón se levantó de las ruinas para convertirse en un gigante económico. Italia, Francia, Bélgica –prácticamente todas las naciones de Europa occidental– experimentaron un renacimiento político y económico; se fundó la Comunidad Europea. En Alemania Occidental y aquí en Berlín, tuvo lugar un milagro económico, el *Wirtschaftswunder*. Adenauer, Erhard, Reuter y otros líderes comprendieron la importancia práctica de la libertad, que tal como la verdad, solo puede florecer cuando los periodistas gozan de libertad de expresión, la prosperidad solo se puede alcanzar cuando agricultores y empresarios disfrutan de libertad económica. Los líderes alemanes redujeron aranceles, expandieron el libre comercio, bajaron impuestos. Solo entre 1950 y 1960, el nivel de vida en Alemania Occidental y Berlín se duplicó.

Donde hace cuatro décadas había escombros, hoy Berlín es la ciudad con la mayor producción industrial que cualquier otra en Alemania: edificios de oficinas donde hay una gran actividad, lindas casas y departamentos, avenidas señoriales y amplios prados y parques. Donde la cultura de una ciudad parecía destruida, hoy hay dos grandes universidades, orquestas y una ópera, innumerables teatros y museos. Donde había necesidad, hoy hay abundancia, alimentos, vestuario, automóviles, los maravillosos productos del *Ku'damm*. De la devastación, de la ruina total, ustedes, los berlineses, en libertad, han reconstruido una ciudad que una vez más se ubica entre las más grandes de la Tierra. Puede ser que los soviéticos hayan tenido otros planes. Pero, amigos míos, hay algunas cosas con las que los soviéticos no contaron: *Berliner Herz*, *Berliner Humor*, *ja*, und *Berliner Schnauze*. [el corazón berlinés, el humor berlinés y, sí, el Schnauze berlinés] [Risas]

En la década de 1950, Khrushchev predijo: “Los enterraremos”. Pero vemos hoy en Occidente un mundo libre que ha alcanzado un nivel de prosperidad y bienestar sin precedentes en toda la historia de la humanidad. En el mundo comunista, vemos fracaso, atraso tecnológico, condiciones sanitarias cada vez peores, incluso necesidades básicas y escasez de alimentos. Aún hoy, la Unión Soviética no es capaz de alimentarse. De esta manera, después de estas cuatro décadas, el mundo entero se enfrenta a una conclusión inevitable: la libertad conduce a la prosperidad. La libertad reemplaza los antiguos odios entre

naciones por civismo y paz. La libertad es la vencedora. Y ahora los mismos soviéticos, aun cuando sea en forma limitada, pueden estar comenzando a comprender la importancia de la libertad. Mucho se escucha de Moscú, acerca de una nueva política de reforma y apertura. Algunos presos políticos han sido liberados. Algunas emisiones de noticias extranjeras ya no son interferidas. A algunas empresas económicas se les ha permitido operar con menor control estatal. ¿Son estos los albores de cambios profundos en el estado soviético? ¿O son gestos simbólicos, destinados a generar falsas esperanzas en Occidente, o para fortalecer el sistema soviético sin cambiarlo? Nosotros damos la bienvenida al cambio y la apertura; porque creemos que libertad y seguridad van de la mano, que el avance de la libertad humana solo puede fortalecer la causa de la paz mundial. Hay una señal que los soviéticos podrían dar, que sería inconfundible, que avanzaría decididamente con la causa de la libertad y la paz. Secretario General Gorbachov, si usted busca la paz, si busca la prosperidad para la Unión Soviética y Europa del Este, si busca la liberalización: ¡Venga acá, a esta puerta! ¡Señor Gorbachov, abra esta puerta! ¡Señor Gorbachov, derribe este muro!

Entiendo el temor a la guerra y el dolor por la división que afecta a este continente, y les prometo que mi país se esforzará al máximo para ayudarlos a superar este trance. Por cierto, nosotros en Occidente debemos resistir la expansión soviética. Por eso debemos mantener defensas inexpugnables. Sin embargo, buscamos la paz y, por lo tanto, debemos esforzarnos por reducir las armas en ambos bandos. Hace 10 años, los soviéticos desafiaron a la alianza occidental con una nueva y seria amenaza, cientos de nuevos y más letales misiles nucleares SS-20, capaces de alcanzar a todas las capitales de Europa. La alianza occidental respondió prometiendo un contradespliegue, a menos que los soviéticos aceptaran negociar una mejor solución, a saber, la eliminación de dichas armas en ambos bandos. Durante muchos meses, los soviéticos rechazaron las negociaciones. Mientras la alianza a su vez se preparaba para llevar a cabo el contradespliegue, hubo días difíciles, días de protestas como durante mi visita a esta ciudad en 1982, y más tarde cuando los soviéticos se retiraron de la mesa de negociaciones.

Pese a todo, la alianza se mantuvo firme. Invito a todos los que protestaron entonces, e invito a todos los que protestan hoy, a que tomen nota: puesto que nos mantuvimos fuertes, los soviéticos volvieron a la mesa de negociaciones. Y puesto que seguimos siendo fuertes, hoy tenemos a nuestro alcance la posibilidad, no solo de limitar la carrera armamentista sino, por primera vez, de eliminar de la faz de la Tierra toda una clase de armas nucleares. Mientras hablo, miembros de la OTAN están reunidos en Islandia para revisar el avance de nuestras

propuestas para eliminar dichas armas. En conversaciones en Ginebra, también hemos propuesto profundos recortes de armas estratégicas ofensivas. Y los aliados occidentales asimismo han hecho propuestas de gran alcance para reducir el peligro de una guerra convencional y abolir por completo el uso de armas químicas.

Mientras negociamos la reducción de armas, les prometo que mantendremos la capacidad de disuadir la agresión soviética a cualquier nivel en que pudiera ocurrir. En cooperación con muchos de nuestros aliados, los Estados Unidos está desarrollando la Iniciativa de Defensa Estratégica para basar la disuasión no en amenazar con represalias ofensivas, sino que en defensas que verdaderamente defiendan; en resumen, en sistemas que no apunten contra las poblaciones, sino que las protejan. Por estos medios buscamos aumentar la seguridad en Europa y en todo el mundo. Pero debemos recordar un hecho crucial: Oriente y Occidente no desconfían uno del otro porque están armados; estamos armados porque desconfiamos unos de otros. Y nuestras diferencias no son sobre armas sino sobre la libertad. Hace 24 años, cuando el Presidente Kennedy habló en el Ayuntamiento, la libertad estaba en jaque y Berlín bajo sitio. Y hoy, pese a todas las presiones sobre esta ciudad, Berlín se mantiene segura en su libertad. Y la libertad misma está transformando al planeta.

En Filipinas, en América del Sur y América Central, la democracia ha renacido. En todo el Pacífico, el libre mercado hace milagro tras milagro de crecimiento económico. En las naciones industrializadas, se está desarrollando una revolución tecnológica, una revolución marcada por avances rápidos y radicales en informática y telecomunicaciones.

En Europa, solo una nación y aquellas que están bajo su control se niegan a unirse a la comunidad de la libertad. Sin embargo, en esta era de crecimiento económico redoblado, de información e innovación, la Unión Soviética enfrenta una elección: debe hacer cambios fundamentales o se volverá obsoleta. El presente es un momento de esperanzas. En Occidente, estamos dispuestos a cooperar con el Este para promover una apertura real, para derribar las barreras que separan a las personas, para crear un mundo más seguro y más libre.

Y por cierto, no hay mejor lugar para comenzar que Berlín, el lugar de encuentro de Oriente y Occidente. Gente libre de Berlín: hoy, como en el pasado, Estados Unidos apoya el estricto cumplimiento y la total implementación de la totalidad del Acuerdo Cuatripartito sobre Berlín de 1971. Aprovechemos esta ocasión, el 750° aniversario de esta ciudad, para inaugurar una nueva era, para buscar una vida aún más plena y rica para el Berlín del futuro. Juntos, mantengamos y desarrollemos los vínculos entre la República Federal y los sectores occidentales

de Berlín permitidos por el acuerdo de 1971.

También invito al señor Gorbachov: trabajemos para acercar las partes oriental y occidental de la ciudad, para que todos los habitantes de todo Berlín puedan disfrutar de los beneficios de vivir en una de las ciudades más grandiosas del mundo. Para abrir Berlín aún más allá a toda Europa, del Este y Oeste, amplíemos el acceso aéreo, vital para esta ciudad, buscando formas para que el servicio aéreo comercial desde y hacia Berlín sea más conveniente, cómodo y económico. Esperamos ver el día en que Berlín Occidental se convierta en uno de los principales centros de conexión de la aviación comercial de toda Europa central. Con nuestros socios franceses y británicos, Estados Unidos está preparado para organizar encuentros internacionales en Berlín. Sería apropiado que Berlín fuera la sede de las reuniones de las Naciones Unidas, o de conferencias mundiales sobre derechos humanos y control de armas u otros temas que requieran la cooperación internacional. No hay mejor manera de lograr un futuro esperanzador que iluminar las mentes jóvenes, y nos sentiremos honrados de patrocinar intercambios juveniles de verano, eventos culturales y otros programas para jóvenes de Berlín oriental. Estoy seguro de que nuestros amigos franceses y británicos harán lo mismo. Y espero que podamos encontrar en Berlín Oriental alguna autoridad que ofrezca lo mismo a jóvenes de los sectores occidentales.

Una última propuesta, una que significa mucho para mí: el deporte representa una fuente de goce y enaltecimiento, y muchos sabrán de que la República de Corea, Corea del Sur, ha ofrecido que ciertas pruebas de los Juegos Olímpicos de 1988 se lleven a cabo en el Norte. También en ambas partes de esta ciudad podrían tener lugar competencias deportivas internacionales de todo tipo. ¿Y qué mejor manera de mostrar al mundo la apertura de esta ciudad que ofrecer, algún año en el futuro, celebrar los juegos olímpicos aquí en Berlín, oriental y occidental?

En estas cuatro décadas, como he dicho anteriormente, ustedes, los berlineses, han construido una gran ciudad. Lo han hecho pese a las amenazas –los intentos soviéticos de imponer el marco de la República Democrática Alemana, el bloqueo. Hoy, la ciudad prospera a pesar de los desafíos implícitos en la presencia misma de este muro. ¿Qué hace que sigan ustedes aquí? Ciertamente, hay mucho que decir sobre la fortaleza y el coraje desafiantes que demuestran. Pero creo que hay algo más profundo, algo que involucra todo el aspecto, la atmósfera y el estilo de vida de Berlín, no solo el sentimiento. Nadie podría vivir mucho tiempo en Berlín sin dejar de vivir de ilusiones. Hay algo a cambio: han visto las dificultades de la vida en Berlín, pero han optado por aceptarlas, y continúan construyendo esta ciudad buena y orgullosa que contrasta con la presencia

totalitaria que la rodea que se niega a liberar las aspiraciones y energías humanas. [Hay] algo que habla con una poderosa voz asertiva, que le dice sí a esta ciudad, sí al futuro, sí a la libertad. En una palabra, pienso lo que los mantiene a ustedes en Berlín es el amor, un amor profundo e imperecedero.

Quizás esto va a la raíz del asunto, a la distinción más fundamental de todas entre Oriente y Occidente. El mundo totalitario produce un retraso porque ejerce tal violencia sobre el espíritu, que frustra el impulso humano de crear, de disfrutar, de adorar. El mundo totalitario considera una afrenta incluso los símbolos de amor y veneración. Hace años, antes de que los alemanes orientales comenzaran a reconstruir sus iglesias, erigieron una estructura secular: la torre de televisión en la Alexander Platz. Prácticamente desde entonces, las autoridades han estado trabajando para corregir lo que consideran un defecto importante de la torre: tratan la esfera de vidrio de la parte superior con pinturas y productos químicos de todo tipo. Sin embargo, incluso hoy, cuando el Sol da en esa esfera –esa esfera que domina todo Berlín– la luz muestra el signo de la cruz. Allá, en Berlín, tal como la ciudad misma, los símbolos de amor, los símbolos de adoración, no se pueden suprimir.

Hace algunos momentos, al mirar el muro desde el Reichstag, la encarnación de la unidad alemana, vi unas palabras pintadas

en aerosol, tal vez por un joven berlinés, “Este muro caerá. Las creencias se hacen realidad”. Sí, en toda Europa, este muro caerá. Porque no puede resistirse a la fe; no puede resistirse a la verdad. El muro no puede resistirse a la libertad.

Y antes de terminar me gustaría decir algo más. He leído y me han preguntado desde mi llegada acerca de las manifestaciones en contra de mi visita. A los manifestantes me gustaría decirles solo una cosa. Quisiera saber si alguna vez han pensado que si tuvieran el tipo de gobierno que aparentemente buscan, nadie podría seguir haciendo lo ellos están haciendo.

Muchas gracias y que Dios los bendiga.

Nota: El Presidente habló a las 2:20 p.m. en la Puerta de Brandemburgo. En su saludo inicial, nombró al canciller de Alemania Occidental Helmut Kohl. Antes del discurso, el Presidente Reagan se reunió con el Presidente de Alemania Occidental Richard von Weizsacker y el Alcalde de Berlín Occidental Eberhard Diepgen en el Schloss Bellevue, la residencia oficial del Presidente Weizsacker en Berlín Occidental. Después de la reunión, el Presidente Reagan se trasladó al Reichstag, desde donde observó el muro de Berlín desde el balcón Este.

